

UN MAL SUEÑO

*En memoria de Manuel Mejía Valera,
un escritor casi olvidado.*

¿Qué fantasma en la noche temerosa
el corazón del sueño me desata?

Quevedo

RECORDÓ CON meridiana nitidez la trastornada expresión de los ojos del anciano despreciable: era una mirada torva, con las esferas descomunales que parecían rebasar las cuencas oculares y amenazar con saltarle a la cara; una mezcla de estupor, desamparo y odio, todo al mismo tiempo. Alguna vez había sentido simpatía por aquel sujeto que antaño le prohió, pero ahora le resultaba abyecto y miserable. El hombre no intentó siquiera protegerse sino que, en un súbito arranque de coraje, le escupió en la cara y le maldijo en una lengua ininteligible. Envalentonado por la afrenta, acometió al viejo y la voz amenazante de éste se apagó con violencia, extinguida por el imposible acero intruso.

No sin alguna aprensión cubrió, con una almohada, los abominables ojos del cadáver que parecían importunarle mientras desplegaba, con evidente impaciencia, la caza de la cuantiosa fortuna escondida. Luego de una exhaustiva pesquisa, en la que removió todos los rincones de la casa, encontró el botín y se congratuló de su buena estrella. Terminó con viva prisa y se escabulló del caserón con suma cautela. Dobló por la esquina y apuró el paso. Escuchó un débil susurro: «Bud, Bud». La voz le resultó familiar; casi instintivamente tornó la vista hacia atrás y, atónito, no distinguió rastro de vida alguna. Tuvo la extraña impresión de saberse observado, pero no pudo explicar el origen de aquella sobrenatural experiencia. En efecto, no había nada excepcional, la calle estaba silenciosa y solitaria; total, nadie le había visto. Se caló el sombrero hasta las orejas y se dirigió a casa.

Se arrellanó en el desvencijado sofá y encendió un cigarrillo; fumó nerviosamente exhalando grandes bocanadas de humo. Se miró en el espejo: estaba extremadamente pálido. Segundos antes, frente a la puerta de su cuarto arrendado, había percibido sobre su hombro derecho una ligera presión —como si fuera una mano invisible que nos advierte su presencia—, pero al ponerse en guardia había caído en la cuenta de que se hallaba solo. Extinguió la colilla en el suelo y palpó algunos fardos de

dinero, no obstante continuó perturbado por el ominoso recuerdo del viejo protervo que le acosaba, implacable. Se solazó admirando las joyas de familia —que el viejo veneraba con locura— y contando los rectángulos de papel moneda que le aseguraban una vida holgada y sibarita. Luego de reposar unos minutos tomó una ducha, comió algo ligero y bebió unas cuantas cervezas para conciliar el sueño. La voz del anciano, en la lengua de su lejana patria, aún hería sus oídos trémulos. Por fin, tras muchas vueltas en el camastro endeble, se sintió laxado y una oleada de sopor envolvió su cuerpo. La puerta se abrió lentamente.

Lentamente se abrió la puerta de la alcoba y las bisagras cómplices corrieron en perfecto silencio. Del exterior se colaba, merced a una cortina mal corrida, una estela de luz que, emanada de una cercana farola, le otorgaba cierta claridad a la habitación; Bud la conocía de memoria pues fueron muchas las noches que pernoctó en la enorme cama de madera —célebre reliquia del siglo anterior— aderezando el procaz sueño del decrepito patrón. Desde el vano de la puerta semiabierta alcanzó a escuchar los estentóreos ronquidos del viejo: sin duda dormía profundamente. Se introdujo dentro de la recámara y pudo adivinar con matemática exactitud la disposición del mobiliario; avanzó con extremo cuidado para no delatarse.

La luz del lavabo quedó encendida y dejaba ver una gabardina de tejido muy gastado que, colgado de un garfio enmohecido, exponía, en una de las mangas, oscuras máculas de color vino tinto, salpicadas como un rosario por toda la extensión de la tela. El grueso cinturón del abrigo introducía uno de sus extremos en una desportillada palangana donde se hidrataba un objeto alargado y afilado. En el suelo de la mísera habitación los restos de una frugal colación eran aprovechados por unas gordas cucarachas nocturnas. Al escuchar unas pisadas cercanas los insectos ensayaron una retirada estratégica pero fueron aplastados sin compasión. Bud dormía con dificultad, su respiración se hacía entrecortada y sudaba copiosamente.

Copiosamente sudaba y tenía la garganta seca, se le antojó una cerveza fría y un emparedado. Vaciló un instante, un miedo interior le consumía, aún podía volverse sin ser visto. Pero no, no había llegado hasta allí para acobardarse en el último momento. Era la única oportunidad de cobrarle, con creces, las caricias de alquiler que le prodigó hasta que no pudo resistir más, acosado por sus celos enfermizos. ¡Maldito viejo! Éste nunca perdonó el abandono y le dijo que se arrepentiría. Cruzó el rubicón deslizándose

por la alfombra colocada al pie de la cama y se colocó frente a su víctima. Pudo sentir, de tan cerca que estaba, el hedor a muerto que sólo de los ancianos emana y reprimió unas inoportunas arcadas. Extrajo del bolsillo de su chaqueta una filuda cuchilla y la acomodó en su mano nerviosa para asestar la fulminante puñalada.

Sintió crecer una irrefrenable furia que le nació de las entrañas y se amplificó como torrente eléctrico por todo su cuerpo, deslizándose por el brazo —antes adormecido, ahora rígido—, el codo, la muñeca, la palma de la mano, hasta llegar a la punta de los dedos que se crispan y se cierran en un puño que sostiene aquel objeto alargado que se convierte en extensión natural de su cuerpo. «Ahora» se dijo. Cuando bajaba el brazo homicida en dirección al pecho del cuerpo adormecido, la víctima se volvió de lado y expuso el rostro a la estela de luz exterior. El cuchillo resplandeció y Bud, petrificado de terror, descubrió que no era el anciano el que estaba acostado sino él mismo... pero ya era tarde, la hoja de metal cortó el aire, centelleante.

Una carcajada rancia se escuchó tronar en algún lugar de la habitación; Bud abrió los ojos y dejó, subrepticamente, de soñar: una mancha de sangre humedecía la sábana blanca, su corazón exánime anidaba un cuchillo clavado.